



:: [portada](#) :: [Cultura](#) ::

21-06-2014

El sonido de las cortezas: algunas anotaciones sobre "Antes de desaparecer" de Laura Giordani

Arturo Borra

Rebelión

Hay quien aproxima su oído a las cortezas para escuchar lo que late inaudible tras ellas. Contra el vértigo, escucha el rumor de las hojas, acaricia esa vida diminuta que sostiene lo visible, se convierte en "guardiana del tacto" para cuidar lo vulnerado y "en voz bajita volver a nombrar". Las palabras entonces se desnudan: desentumecen las manos frías. El pecho se agita más allá de la elocuencia. Tiembla -balbuciendo un alfabeto desconocido. No por alguna incapacidad retórica que alguien vendría a corregir con un despliegue deslumbrante y sin trabas. Por deseo. Como desistir del oro saqueado -y no querer quedarse más que con la fragilidad de lo existente, sin erigirse en cumbre o fortaleza. En la afasia de la lengua. No querer más que esa materia que tiembla debajo de la envoltura vacía de una chicharra después de la muda, esa "caja de resonancias rota en la que ahora sólo canta el viento", tal como apunta Laura Giordani en su nuevo poemario, *Antes de desaparecer* (Tigres de papel, Madrid, 2014), tras la estela de *Materia oscura* (Baile del sol, Tenerife, 2010) y *Noche sin clausura* (Amargord, Madrid, 2012).

Desde esa fragilidad, de la consciencia de los pasajes o la metamorfosis incesante de lo real, la escritura recupera una segunda inocencia: *vuelve a creer en pequeños milagros*, sin ingenuidad. Revisita los muertos que pasan por la orilla, recomienza el viaje perpetuo por las cunetas, se detiene en lo sumergido, reconstruye los escombros de la dicha o esas experiencias terribles en las que la bondad o la compasión son fulminados.

Volver a creer, pues, no desde la certeza o un saber preconstituido, sino desde la apuesta por una incertidumbre que movilice los pies. Puede que al final ya no sepamos nada y sólo persista la sensibilidad ante lo que es ultrajado. Puede que ni siquiera sepamos qué significa el extraño ritual de conjurar esos espectros con el material lábil de la escritura: quizás una superstición o un bálsamo, en cualquier caso, una forma de demorar el derrumbe.

Segunda inocencia: la de decir nuestra verdad ahora y desde ahí, rescatarla del río que nos arrastra hacia la extinción, afrontar el limo que la memoria deja, detenerse en sus rincones más secretos o acallados. Fuera de cualquier metafísica del equilibrio, Giordani elabora una «ciencia de los hundimientos» que bien podría condensarse en estos versos: "Remover la tierra del corazón:/ todavía hay barro". En efecto, se trata de un *retorno* hacia un pasado todavía activo, allí donde lo omitido y lo recordado se ligan de forma inextricable.

Desde esa perspectiva, el trayecto íntimo de *Antes de desaparecer* podría interpretarse como una «genealogía del *sí mismo*», aunque se trate de una genealogía que se articula a un contexto histórico-social más vasto que le da sentido: un período marcado por la dictadura militar argentina, un país incendiado por los secuestros y las desapariciones, una familia acorralada por el miedo, el silencio terrible de los que observan tras la ventana o cuchichean "mientras baldean la vereda con fervor intentando en vano atajar el campo", las huellas inmemoriales del daño o los signos del desastre en cada esquina. O, en otro orden, los espacios donde asienta toda memoria, lo que hay de *singular* en ella: un parque donde jugamos, un árbol de infancia, el sonido de las hojas y todos



esos recodos del recuerdo donde la tibieza todavía sigue siendo posible.

En esa extraña intensidad del pulso, bastante infrecuente por lo demás, aflora un «contenido de verdad» que rebasa su carga histórica o espacial. Ante todo, ese contenido es de carácter ético: una verdad que se erige contra la crueldad, que reconstruye desde las huellas de lo desaparecido la posibilidad intacta de *otra vida*, que nos interpela no tanto desde la evidencia del desastre como desde la necesidad de salir de ahí. Una verdad -por más engañoso que suene el término- que nos atañe humanamente: como ese *sobretudo azul* que, al abrigar a alguien, nos abriga a todos de esos abusos que siguen perpetrándose cada día.

el sobretudo azul que pusiste

sobre los hombros de la muchacha aquella

volvía empapada del interrogatorio

temblando

la mojaban la picaneaban

cada noche

la dejaban junto a tu colchón

con un llanto parecido al de un cachorro

ese gesto a pesar del miedo

a pesar del miedo te sacaste el sobretudo azul



para abrigo

no poder dejar de darle ese casi todo

en medio del sobretodo espanto

la dignidad puede resistir azul

en apenas dos metros de tela

y en esos centímetros que tu mano

sorteó en la oscuridad hasta sus hombros

sobre todo

El lenguaje adelgaza hasta el hueso, el monosílabo, la palabrafundida. La sintaxis se quiebra; las formas trastabillan, los fragmentos cortan. En suma, lo poético sobrevive en la prosa de lo real, quizás para decir lo que no puede pronunciarse: una atmósfera espectral, una ciudad perdida en medio de la llanura, un aire que no sabemos respirar, un tabicamiento que presentifica lo siniestro que retorna en su extraña familiaridad.

Quedan entonces los poemas sin propiedad: esa lengua impropia, inapropiable, plástica a fuerza de romperse o desgarrarse, como una infancia interrumpida abruptamente, una tierra que transita de los diminutivos que nacen de la dulzura a los superlativos de lo terrible (o viceversa), como si el "orden simbólico" necesitara reconstituirse para decir lo que apartamos con violencia de la mirada y nos impulsara a quebrantarlo como acto de resistencia.

Nada semejante, pues, a una "sintaxis homicida". Escritura de la fragilidad, de un mundo arruinado por el daño, pero también por esa inocencia de las "nuncaamadas", de las tía-abuelas que bajan las persianas a la siesta para dormir como niñas en una habitación trémula, con "el clamor de las cigarras/ reverberando en el cráneo". De la magia que, a pesar de lo improbable, ocurre. O como dice magistralmente la autora: "El milagro que acontece siempre en voz baja".



Y en voz baja escribe Laura Giordani. Con la suave firmeza de quien reconstruye una temporalidad *extemporánea*: lo que persiste en la atemporalidad de lo inconsciente. Lo que sigue murmurando, con su dolor antiguo y su pulso persistente, con la delicadeza de un discurso poético que se ha desprendido de ese tono declamatorio e imperativo que a menudo adopta cierta poesía con presunción crítica. La escritura aquí, por el contrario, se hace inscripción de un trazo que se ha desplazado de todo deseo de soberanía: persiste, más bien, como huella de una herida que construye un lugar para la reparación (no el olvido), el cuestionamiento a una herencia histórico-política atravesada por la devastación, la vuelta hacia lo que está «fuera de campo», en suma, aquello que las máquinas de visión hegemónicas apartan. Sólo entonces la promesa puede alzarse otra vez sin convertirse en una forma de engaño o en un falso consuelo. Los versos de "El juego en que andamos" de Gelman resuenan aquí: desterrados del paraíso, no queda más que "esta esperanza que come panes desesperados" [i]. Las afiliaciones de *Antes de desaparecer*, aunque difíciles de reconstruir, podrían proliferar: próxima a poetas como Alejandra Pizarnik o Arnaldo Calveyra, Juan L. Ortiz, Juan José Saer o Juan Carlos Bustriazo, la autora escarba hacia atrás *en la tierra negrísima del corazón* para que la posibilidad de lo por venir no quede fijada como mera repetición. No es extraño entonces que interrogue "esa paz imperturbable de los suicidas" y busque en la ternura o en la experiencia amorosa una posibilidad de amparo.

A través de ese duelo de la historia colectiva y personal, enlazadas e inseparables, el sujeto puede recuperar su facultad transformadora, fuera de una dimensión estrictamente programática. Inventar otros verbos. Otras formas de construir con el otro: esa infinita responsabilidad que nos atañe frente a los demás, pero también frente a una naturaleza arrasada. Infinitivos para la existencia. Allí donde la sombra del duelo arroja otra luz sobre lo porvenir. En efecto, los archivos de la memoria -como alguna vez señaló Derrida [ii] - son una cuestión de porvenir: se regresa para inventar una *infancia que nos aguarda*. El movimiento no puede ser más pertinente y admite recontextualizaciones diversas, incluso en un país como España, donde la dificultad para acceder a los archivos (el olvido institucionalizado como «ley de memoria histórica») dificulta la construcción de una sociedad justa.

Habrà que insistir en esa indisociabilidad de lo vivido y la historia más amplia en que se inscribe, aun cuando *Antes de desaparecer* elude de forma deliberada un *imaginario* plagado de tópicos que erróneamente se asocia a la «poesía comprometida». Pero apenas hace falta decirlo: cuando la poesía nos compromete efectivamente con algo (un específico proyecto político-existencial) no requiere ninguna declaración: *trabaja dentro*, en la elección del barro, en el giro hacia aquello que vibra, inerme, resistiendo la crecida. Entonces un poema puede decir «bondad», sin ruborizarse ante la evidencia abrumadora del mal que nos corroe el pecho.

Regresar a *la infancia que nos aguarda*, pues, no como algo dado, sino como aquello que *el verbo* (su performatividad), a través de *nueve infinitivos*, vuelve a hacer posible. Ese mundo maravilloso que tiembla en lo minúsculo. Con la conmoción de lo que se dice a la intemperie. Con la singularidad imprescindible de quien escribe con "las rodillas lastimadas", pero también con las varas del zahorí que busca el agua subterránea que urgimos. Volviendo a creer en los pequeños milagros -una segunda inocencia "resucitando helechos después de la helada" en busca de esa luz que traen "sus ojos menta-arrancada-del-corazón, aquel verde in-tacto".

Notas:



[i] Gelman, Juan (1999): *53 poemas*, Grijalbo, Buenos Aires, p. 52.

[ii] "(...) la cuestión del archivo no es, repitémoslo, una cuestión del pasado. No es la cuestión de un concepto del que dispusiéramos o no dispusiéramos ya en lo que concierne al pasado, un concepto archivable del archivo. Es una cuestión de porvenir, la cuestión del porvenir mismo, la cuestión de una respuesta, de una promesa y de una responsabilidad para mañana. Si queremos saber lo que el archivo habrá querido decir, no lo sabremos más que en el tiempo por venir. Quizá. No mañana sino en el tiempo por venir, pronto o quizá nunca. Una mesianicidad espectral trabaja el concepto de archivo y lo vincula, como la religión, como la historia, como la ciencia misma, con una experiencia muy singular de la promesa" (Derrida, Jaques [1997]: *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, trad. P. Vidarte, Trotta, Madrid, p. 44).

P { margin-bottom: 0.21cm; direction: ltr; widows: 2; orphans: 2; }

Laura Giordani ha publicado *Cartografía de lo blando* (2005), *Materia Oscura* (2010, Baile del Sol), *Noche sin Clausura* (2012, Candela, Ediciones Amargord), *Antes de desaparecer* (2014, Ediciones Tigres de papel) y la plaquette *Celebración del brote* (2009, Zahorí-Poesía en minúsculas).

Sus poemas han sido incluidos en diversas antologías: *Antología de Poesía* (ECA -Escritores Cordobeses Asociados, 2002), *Aldaba* (2004) Antología de poetas hispanoamericanos, *Cuadernos Caudales de Poesía* (Edición Caudal, España, 2007), *Los centros de la calle* (Editorial Germanías, 2008) y *Por donde pasa la poesía* (Baile del Sol, 2011).

Asimismo, ha colaborado con algunas publicaciones como "La hamaca de Lona", "Youkali", "Viento Sur", "Ginebra Magnolia", "Eclipse", "The children's book of american bird", "Confinés" (Argentina), "Grumo" (Brasil-Alemania) y "Galerna" (USA).

Rebelión ha publicado este artículo con el permiso del autor mediante una [licencia de Creative Commons](#), respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.